



Tullio CAPELLI-Fabrizio FABBRINI (eds.), *Purificazione della memoria*, Actas del Simposio celebrado en Arezzo (marzo de 2000), Istituto di Scienze Religiose, Arezzo 2000, 447 pp.

Durante tres sábados consecutivos (4, 11 y 18 de marzo de 2000), el Instituto de Ciencias Religiosas de la Diócesis de Arezzo-Cortona-Sansepolcro (Italia), celebró un simposio en el Palacio episcopal bajo el título *Purificación de la memoria*. Concretaba así el deseo del obispo de la Diócesis, mons. Gualtiero Bassetti, de «acoger la invitación del Santo Padre a que se medite atentamente la necesidad de una purificación de la memoria, examinando algunos acontecimientos del pasado que resultan incómodos, y que todavía pesan en la historia presente, impidiendo una visión clara» (p. 11).

El Instituto de Ciencias Religiosas de Arezzo, especializado en temas ecuménicos, ha publicado unas magníficas Actas de aquel encuentro. Al igual que el simposio, son tres las partes en que se divide el libro. La primera (*Giustificazione e Fede*), trata de analizar el sentido del concepto «justificación», que condujo a la ruptura protestante, y que parece estar llamado a ser una piedra miliar en el camino hacia la deseada unidad entre los cristianos. Ermanno Genre, Decano de la Facultad Valdense de Teología, sostiene en su ponencia que, hasta que no se haga una lectura común de los sucesos históricos que dieron lugar a la separación, no se llegará a una reconciliación verdadera. Angelo Pellegrini, profesor de la Facultad teológica de Italia central, recuerda los pasos que se han dado hasta el momento bajo el pontificado de Juan Pablo II, y que hicieron posible la firma, en octubre de 1999, de la Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación entre la Iglesia Católica y la Federación Luterana Mundial.

Una desarrollada explicación de la doctrina de la justificación, tanto en Lutero como en el Concilio de Trento, corrió a cargo de Vittorio Grossi, Secretario del Pontificio Comité de Ciencias Históricas, y Paolo Ricca, de la Facultad Valdense de Teología. A continua-

ción, Heinz Meinolf Stamm, profesor en la Pontificia Universidad Antoniana, analizó un tema que ha sido objeto de debate historiográfico: ¿hasta qué punto Lutero permaneció católico, oponiéndose a cualquier reforma radical? Concluyó ese primer día de reflexión, mons. Tarcisio Bertone, Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, que explicó cómo —según su opinión— el documento *Memoria y reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado*, elaborado por su Congregación, supone «una etapa en el camino hacia la unidad» (p. 107).

La segunda parte (*Oriente e Occidente*), desea aportar algunos datos históricos que contribuyan a eliminar prejuicios centenarios, de modo que se siga trabajando por la unidad con los cristianos ortodoxos. Teniendo presente el texto de la bula *Laetetur Coeli* (Concilio de Florencia, 1439), mons. Walter Brandmüller, Presidente del Pontificio Comité de Ciencias Históricas, hace un análisis pormenorizado de las problemáticas teológicas —de modo especial sobre la cuestión del *Filioque*— que fueron discutidas en el Concilio florentino. La inteligencia de la unidad en la teología ortodoxa desde el siglo XI hasta el XV es analizada por Silvia Ronchey, profesora de la Universidad de Siena, quien destaca los acontecimientos que conviene tener en cuenta hoy en día para el acercamiento entre la Iglesia Católica y la Ortodoxa. Por su parte, Fabrizio Fabbrini, profesor del Instituto de Ciencias Religiosas de Arezzo y editor de las Actas del simposio, aporta una larga contribución en la que recuerda la caída de Constantinopla y los distintos momentos de encuentro entre Oriente y Occidente, mostrando la voluntad ecuménica que siempre ha existido y que —espera— consiga forjar la unidad en la Iglesia de Cristo, «rodeándola de aquella autoridad esencial, según el primado de Pedro, que ninguno podrá suprimir, y que ninguna iglesia cristiana la ha negado realmente» (p. 262).

Dos ponencias trataron sobre eminentes figuras que influenciaron en los trabajos del



Concilio de Florencia. Así, el profesor Cesare Vasoli, de la *Accademia dei Lincei*, recordó la obra de Ambrogio Traversari, prior de los camaldenses en el siglo XV; y el profesor Giovanni Pugliese Carratelli analizó la contribución ecuménica de los cardenales Nicolás de Cusa y Bessarion.

La tercera parte (*Chiesa e Stato*) está dedicada a las relaciones entre la Iglesia y las instituciones civiles. Antonio Carile, Director de la Facultad de Bienes culturales de Bologna, comenta los momentos de fractura entre Oriente y Occidente, señalando que muchas veces su origen se encuentra en intereses políticos, más que teológicos o culturales. Mons. Lorenzo Dattrino, profesor de la Pontificia Universidad del Laterano y del Pontificio Instituto de Arqueología cristiana, afronta las relaciones entre la Iglesia y el Imperio en los siglos IV-V, momento en el que aparece la idea del Papa como autoridad suprema, siguiendo la doctrina de Gelasio. Por último, se recogen las aportaciones de Alba Orselli, profesora de Cristianismo, que analiza la figura del príncipe cristiano, y de Paolo Carrara, profesor de la Universidad de Siena, quien desarrolla las ideas de Eusebio de Cesarea sobre la concepción del poder. Cierran el volumen varios apéndices que pueden facilitar el estudio de la temática que ha sido objeto de comentario: la Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación entre la Iglesia Católica y la Federación Luterana Mundial (31 de octubre de 1999); el decreto sobre la justificación del Concilio de Trento, sesión VI (13 de enero de 1547); la bula de unión con los griegos *Laetetur Coeli*, del Concilio de Florencia (6 de julio de 1439); etc.

Sin duda, un libro con aportaciones tan variadas, que tratan tres aspectos en sí mismos amplios, es un conjunto de ideas y propuestas variadas, que incitan a un mayor conocimiento del pasado. A través de todas las colaboraciones estas Actas provocan en el lector la necesidad de «purificar la memoria», es decir, de releer la historia pensando

en los aciertos y errores del pasado para aprender, y para continuar forjando un avenir más humano y cristiano. El conocimiento del pasado ayuda a construir un futuro esperanzador.

J. L. González-Gullón

Lourdes Díaz-Trechuelo, *Filipinas. La gran desconocida (1565-1898)*, Eunsa, Pamplona 2001, 341 pp.

La fascinación de la profesora Díaz-Trechuelo por el lejano archipiélago no vino determinada por sus circunstancias familiares, aunque «por la rama materna hubo un Domingo Vila, tío abuelo de mi madre, que ocupó el cargo de gobernador político-militar de Cotabato, en la isla de Mindanao, y en la casa de mi abuela, en Sanlúcar de Barrameda, había objetos filipinos, entre ellos una mesa de grandes dimensiones con tablero de una sola pieza» (p. 11). Fue el tema de su tesis, *Arquitectura española en Filipinas (1565-1800)*, el que marcó el comienzo de sus más de sesenta años dedicados al filipinismo y jalonados de trabajos y reconocimientos indiscutibles. Catedrática Emérita de la Universidad de Córdoba, en los años docentes de Granada y Córdoba (1970-1996), contagió su entusiasmo a un grupo de alumnos, entonces la incipiente escuela andaluza de filipinismo y hoy ya consagrados filipinistas en España y América.

En los últimos tiempos ha crecido el interés por las islas. En distintas universidades españolas han aparecido buenos historiadores que aportan estudios sobre nuevos aspectos de la vida del lejano país, pero «aún no se ha escrito en España una *Historia General de Filipinas*» (p. 12). La de Montero Vidal (abarca de 1871 a 1873), la del Padre Pablo Pastells (10 volúmenes que sólo llegan hasta 1662) y la del hispanista filipino Antonio M. Molina (primera versión castellana en 1984), preceden la *Historia General de Filipinas* (aparecida en el 2000), coordinada por el profesor Cabrero Fernández y en la que han colaborado catorce au-